

“CUERPO HABITADO”

Fabiola Vieyra

LO MÁGICO DE MIS NOMBRES

Sentada en el suelo de mi minúsculo salón, a lado de la magnífica ventana, disfrutando de los rayos del sol en una mañana no tan calurosa, me dispongo a escribir. La vista desde mi ventana es citadina, los edificios del otro lado de la calle, el edificio blanco de la comisaría, la Ronda de Toledo poco transitada y la escuela de enfrente sin niños porque es agosto.

Si me siento en el suelo las copas de los dos árboles de enfrente de mi casa dominan el panorama y junto con mis plantas crean la ilusión de un bosque. No estoy intentando tele transportarme a ningún bosque imaginario, me gustan las plantas, no podría vivir en un sitio sin plantas, lo que pasa es que las sillas plegables que tenemos son muy incómodas y prefiero sentarme en el suelo a quedarme sin circulación en las piernas. De cualquier modo un bosque imaginario no estorba.

Hoy empiezo de mañana porque es agradable, no tengo una hora preferida para escribir, pero siempre busco la luz y el calor.

Me llamo Fabiola Crystal, mis papás me eligieron un nombre cada uno, no sé quién eligió cuál, recuerdo que me contaron que me habían llamado así, además de gustarles los nombres, porque nadie en la familia tenía esos nombres, querían que tuviese mi propia historia. Este es uno de los mejores regalos que pudieron hacerme, tener mi propia historia es muy valioso.

De mi primer nombre no tengo sobrenombres, soy Fabiola, Fabi, Fabs. El segundo nombre da más juego, he sido Cristalina, Crystal Castles, vidrio soplado (mi papá se enojaba con esto “vidrio soplado ¡nada! diles que eres cristal cortado”), Vidritos y hasta Cristalazo, ninguno de estos sobrenombres me ha molestado, todos me gustan, lo que más me gusta es la creatividad de los que me han apodado de tal o cual forma.

Mi familia siempre me llamó Fabiola y yo hablo con migo misma desde ese nombre. Nunca he sido Fabiola Crystal más que por escrito en los documentos y en los exámenes. Hasta los 10 años escribí mi nombre completo sin ser consciente de que mi segundo nombre existía porque nunca me habían llamado Crystal. Una maestra de baile fue la responsable de traer el Crystal a mi consciencia cuando me pasaba lista en la clase y yo no respondía porque no me identificaba con ese nombre, mis compañeras se

reían, decían que no me acordaba de mi nombre, la verdad ni me acordaba de llamarme así.

Fabiola quiere decir cultivadora de habas. Cuando me enteré que fabe quiere decir haba y mi nombre la que las cultiva, me decepcioné un poco, pensé que no tenía nada mágico. Mi otro nombre, Crystal, quiere decir transparente, vidrio con brillo, viene del griego kristallos que significa hielo. Un cristal es un cuerpo que se forma periódicamente, tienen formas más o menos regulares, tiene varias caras y aristas.

De niña pensaba: soy un haba y una piedra qué de grandioso tiene eso, nada tiene que ver una cosa con la otra.

Pasado el tiempo, he aquí la palabra clave, encontré lo mágico de mis nombres. Un haba es una semilla, es alimento, la que cultiva habas se encarga del sustento de la comunidad, es la que mantiene el ciclo de la vida; un cristal es un cuerpo que se forma con el paso de los años, llegan a ser transparentes, fuertes y hermosos.

He leído significados de mis nombres en los que dicen que soy portadora de claridad y buena suerte, emotiva, sensible, dura de cambiar de ideas y difícil de conocer al primer contacto. Pero me gusta más el significado que yo le he puesto a mis nombres.

Soy Fabiola Crystal, mis nombres implican trabajo y tiempo; soy sembradora, a donde voy siempre siembro una semilla, hago que crezcan cosas, y se necesita tiempo para que el producto de esa semilla se vea; además soy un cristal que se forma con el paso del tiempo, no importa cuánto, mientras más tiempo pasa soy más grande, más transparente, más fuerte, más hermosa y supongo que con más atributos mágicos.

MAESTRAS

Noemí Martínez Arteaga fue mi madre, una mujer bajita de mirada dulce y un corazón enorme. Maestra de profesión y maestra en mi vida. No quería poseer sabiduría pero quería ser mejor cada día; enseñaba a todos cómo hacerse una vida mejor.

Enseñó a leer y escribir a muchos niños incluso fuera de su horario de clase, en casa, durante las vacaciones. Para ella era muy importante que aprendiéramos de los errores de los demás. “Tienes que observar qué hacen los otros, qué te gusta de sus vidas y qué no” me decía mi madre, éste tío tiene una carrera, un buen trabajo y ha podido viajar, éste otro no ha estudiado pero trabaja duro y cuida de su familia, nada es malo siempre y cuando lo elijas. No me enseñó a envidiar lo que los otros tienen, sino simplemente a usar la vida y las decisiones de otros como guía.

También me enseñó a ser responsable de mis actos y sus consecuencias. La Maestra Noemí era conocida y respetada en nuestra colonia. Estudié toda la primaria en la escuela donde ella trabajaba y desde el primer día me dejó bien claro que en la escuela ella era una maestra y no mi madre, así que todo lo que hiciera en ese recinto de saber era mi obligación y responsabilidad, ella no iba a interceder por mí. Vivíamos a dos calles de la escuela y un día llegué cuando acababan de cerrar la puerta, justo esa semana mi madre era responsable de la entrada a la escuela. Cuando todas las mamás me vieron llegar corriendo dijeron: “déjenla pasar, es la hija de la maestra”. En ese momento la voz de mi madre se levantó decidida mandándome de vuelta a mi casa por llegar tarde y recomendándome que al siguiente día me levantase más temprano. Bajo la mirada atónita de las madres de familia, regresé a mi casa avergonzada. Nunca volví a llegar tarde a la escuela.

Felicitaciones y castigos fueron todos míos, los compartíamos, hablábamos de ello a la hora de la comida; las palabras de mi mamá no eran regaños ni gritos, eran frases tranquilas y contundentes, todas con la idea de ser fuerte, seguir adelante y ser mejor cada día. Aprendí mucho más de mi mamá, todas, lecciones valiosas.

La lección más grande, que más me sorprende y más aprecio hasta ahora es la más dura. Cuando se enteró que estaba enferma e iba a morir más pronto de lo que deseaba, luego de hablar conmigo y mi hermano por separado (no sé por qué eligió hacerlo así, posiblemente sintió más intimidad al hablar con cada uno de un modo

diferente), entró en una terapia psicológica y fue “construyendo su muerte”. Esto fue un proceso muy duro, pero siempre le agradeceré haberlo hecho del modo que lo hizo porque nos dio tiempo de hablar, de querernos y de despedirnos. Nunca olvidaré las tardes que pasábamos abrazadas en la cama o hablando en la cocina, incluso discutiendo. Nunca olvidaré el día en que murió. Me da pena no haber podido convivir con ella como adulta, compartir más tiempo esta vida, veintidós años fueron muy pocos.

Vivir y morir dignamente, con decisiones, sin arrepentimientos y mirando siempre adelante. Suena simple. Gracias a mi madre tengo aún años por delante.

De maestra a maestra. La maestra Cecilia Kamen dice de sí misma que al no poseer títulos nobiliarios se dedicó a coleccionar títulos universitarios, bailarina, psicóloga, arquitecta, músico, narradora oral... Un día me preguntó cómo estaba, le respondí que sorprendida porque había llegado a mi tercera década. Con una suave sonrisa me dijo “querida, debes agradecer que eres lo suficientemente madura para darte cuenta de las cosas que no te gustan de tu vida y lo suficientemente joven para cambiarlas. Todas son etapas en la vida y todas pasan; si porque uno es joven o viejo o está en la menopausia...todas son etapas y hay que vivirlas”. Luego de eso me dio un beso y se fue. No tengo más qué decir, esa es Cecilia Kamen y ese, su comentario, me acompaña hasta hora.

Hay personas que tienen la magia de hacer nada más que lo necesario. Mi tía Beatriz, esposa de mi tío José Luís, quien es hermano de mi papá tiene ese poder. No ha estado conmigo todos los días, ni todos los fines de semana, ni todos los cumpleaños; sólo ha estado los días que hemos necesitado hablar, que yo he necesitado consejo y compañía, que ella ha necesitado consuelo y cuando hemos querido ser felices. Además de su tiempo, paciencia y de ayudarme a desenredar la maraña de pensamientos que me acompaña, me ha enseñado a compartir con su familia, mi tío Luis y mi prima Merary; sin ella creo que nunca hubiese llegado a conocerlos. Ese saber que no estoy sola ha sido más importante que muchas palabras.

Así como su madre, mi prima Merary ha estado en mi vida por momentos. Cuando vine a vivir a Madrid recibí un mensaje suyo pidiéndome que le contase cómo estaba y preguntándome si seguía teniendo el don de embellecer todo lo que tocaba. Me quedé anonadada con la pregunta, tocó mi corazón, es la cosa más bella que me han dicho

jamás y me hizo pensar qué he tocado y llenado de belleza. Mi respuesta fue, mis violetas están floreciendo y mi chico está bajando de peso.

Creo que las lecciones de mis maestras han dado frutos.

VORÁGINE.

Todo empezó un año antes de la muerte de mi padre. Nadie de la familia sabíamos que estaba enfermo, cuando él se enteró se aisló de todos nosotros, estaba muy asustado porque no quería morir, sabía que era inevitable, iba a morir mucho más pronto de lo que nunca hubiese imaginado. En lugar de confiarnos su tristeza, se encerró como una ostra en sí mismo y transformó su miedo en agresividad. Se enojaba fácilmente y quería estar solo.

Él, que nos enseñó que Dios no existe, visitó varias religiones intentando encontrar respuestas para clamar su desasosiego; visitó incluso a brujos y por supuesto éstos le dijeron lo que quería escuchar, alguien lo había embrujado. Un día lo encontramos escarbando todo el jardín, escarbó y escarbó, removió la tierra y todas las plantas en busca del objeto escondido embrujado. No era sólo tierra lo que removía cada vez que metía la pala, hurgaba en lo más profundo de su ser; no sé lo que buscaba dentro de sí pero nunca encontró el objeto embrujado. El cansancio de tanto remover y escarbar ya nunca más lo dejó, su cuerpo perdió fuerza cada día, perdió peso y su espalda se encorvó, su mirada se volvió turbia. Recuerdo esa mirada introvertida, desesperanzada, muerta.

Nunca tuvo el valor de decirnos a nosotros, sus hijos, que estaba enfermo, que iba a morir; tampoco tuvo el valor de decirnos que nos quería, probablemente eso nos hubiera importado más que todos sus prejuicios y sus miedos; podríamos haber desmentido sus miedos.

¡Valor! Cómo pedirle valor a quien está a las puertas de la muerte; era mi padre y sí, me hubiese gustado que hubiera tenido el valor de no dejarse consumir por la estúpida tristeza y el miedo inútil.

Sergio murió a los 36 años. Mi padre se fue desde un año antes. Cuando finalmente murió, la tristeza fue grande, pero aparentamos de algún modo que no, e intentamos vivir como si fuéramos muy fuertes.

Luego nos enteramos que mamá también estaba enferma y también iba a morir más pronto de lo que todos hubiésemos querido. Mi madre no cometió el mismo error que papá, ella nos dijo que nos quería y nos hizo prepararnos para su partida.

Cuando mi madre murió, perdí también a mi familia, a mi hermano, a mis tíos, a mis abuelas; ellos estaban vivos, pero el dolor que todos sentíamos era tan profundo que nos cegó y nos impidió ver más allá de nuestros propios y miserables sentimientos.

Me sentía muy sola, me dolía el estómago de la angustia, sentía que las entrañas me quemaban; sabía que mucha gente me quería pero nadie podía ayudarme a llenar ese hueco en mi pecho, a desatar ese nudo en la garganta y a quitarme ese maldito frío que me tenía tiritando todo el tiempo, frío que sentía en lo más profundo de mis huesos, que entumecía mis manos, mis rodillas y adormecía mis sentimientos. Siempre tenía ganas de orinar y me era muy difícil aguantar para llegar a un baño; recuerdo tener que bajar del metro, del autobús, salir de clase, caminar rápido, correr, intentar volar con tal de... llegar.

Me dolía ver a mi hermano sufriendo, realmente me dolía el cuerpo. Mis torpes intentos por decirle que lo quería y que me permitiera ayudarlo eran inútiles y propiciaban situaciones que nos hacían sentir peor a los dos. Cada vez nos hablábamos menos, nos alejábamos más, ya no nos conocíamos. Me ha dolido mucho no poder ayudar a mi hermano y más me ha dolido sentirme abandonada por él; si tan solo me hubiese dicho algo, mi angustia hubiera sido menor.

¡Valor! es lo que reclamaba a mi padre, ahora yo estaba hundida en la miseria. ¡Ya no podía más! Un día decidí que no quería seguir sufriendo por quienes no me escuchaban, me costó mucho trabajo arrancar de mi piel a mi hermano pequeño, a mi abuela y a mi tío. Cada vez que sentía que me quemaban las entrañas, el corazón se me estrujaba y las lágrimas se me agolpaban en los ojos, tenía que hacer otra cosa, moverme, hablar, comer, lo que fuera. Me llevó tiempo, sólo entonces pude llorar, pude asumir mi dolor, aceptar que era enorme pero era sólo mi dolor. Lloré mucho, muchos años. Grité reclamando atención, me enamoré reclamando compañía y amor; tuve un poco de suerte y conseguí compañía y seres que me dijeron que me querían pero no como yo esperaba, no para quedarse conmigo. Aprendí que no se consigue amor reclamándolo y no es cosa de suerte.

Aprendí también que los sentimientos dolorosos se vuelven reflejos, llega un momento en que una no sabe dónde empieza y termina el malestar; es fácil sentirse

víctima; evitarlo requiere un esfuerzo titánico. Para no odiar hay que desprenderse hasta de las cosas más queridas.

No es verdad que el tiempo traiga consuelo, el consuelo sólo llega si una trabaja por conseguirlo, si una tiene el valor de desenredar la maraña que se forma en el alma.

Me he sentido rota por muchos años. Me llevó más de una década superar los cinco años que duró la vorágine de pérdidas que viví.

Estoy lista para reencontrarme con mi familia. Hay mucho que hacer aún. Lucho cada día por tener valor y dar valor a los seres que amo, no quiero ver una vez más en el espejo esa mirada introvertida, desesperanzada, muerta que vi, por primera vez, en los ojos de mi padre.

ME MIRO

Me miro en el espejo del baño, es un espejo pequeño, refleja hasta mi cintura. Me miro directamente a los ojos y pienso que he vivido la mayor parte de mi vida observando mi reflejo, hasta el punto de darme cuenta de que estaba viva por el movimiento de la otra Fabiola al otro lado del espejo.

Desde los 10 años que entré a la escuela de baile me he visto reflejada desde todos los ángulos, en las más extrañas posiciones. “Obsérvense en el espejo para corregirse” nos decían las maestras. Veía mi reflejo como si fuera otra persona para poder juzgar los movimientos, la postura, la secuencia. Supe por tantas correcciones, que mi cuerpo no era perfecto para bailar, aun así me empeñe en hacerlo. A mucha gente le da vergüenza verse desnuda, a mi me ha dado temor verme con la ropa de baile en el espejo.

Que si bailas esto eres muy gorda, que para bailar esto otro te faltan carnes. Lo que me ha costado dejar de pensar en que la comida es mala; dejar de tener culpa por comer mucho, por comer poco, por no comer, por saber que mi cerebro distorsionaba la imagen que veía en el espejo y a pesar de saberlo afirmaba que 41 kilos pueden ser muchos. Dejar de escuchar esa voz en mi cabeza mientras observaba mi reflejo enclenque, fue muy difícil. Nunca más quiero volver a pesar 41 kilos y nunca más quiero tener ese pesar en mi alma. Ahora peso 48 kilos; a mis 37 años tengo un cuerpo casi infantil, con senos pequeñitos, no curvas, más bien, rectas pero ya no es un cuerpo débil ni enfermo. Este año me propuse recuperar tono y masa muscular, lo estoy consiguiendo, empiezo a notar músculos delineados en mis brazos, piernas y torso; no es vanidad, es felicidad de saber que mi cuerpo responde al trabajo duro tras haberle pedido perdón.

El pelo me ha crecido con más fuerza desde que empecé a comer bien, como si me agradeciese doblemente los nutrientes que le hago llegar, se ha convertido en una melena negra brillante casi incontrolable, algunas canas empiezan a asomarse atrevidamente. Me gusta ver cómo asoman esos pelos de alambre blanco entre lo alborotado del despeinado.

Las incipientes arrugas de los ojos, la frente y las mejillas marcan mi rostro haciendo evidentes los años que han pasado; ¡me alegro de que todos esos años sean

pasado! Reafirmo la decisión de no usar maquillaje, soy mujer de cara lavada que se muestra sin ocultar las ojeras o la palidez.

Toda mi historia está grabada en mi cuerpo, las cicatrices, las lesiones, el trabajo, el abandono, las tristezas, las conquistas, el placer de los besos, los abrazos y caricias que han hecho soportable ésta existencia. Mi memoria está en mi cuerpo, el tatuaje puesto deliberadamente en un sitio donde no puedo verlo es mi marca de renacimiento, mi celebración del momento en que dejé el inframundo para volver a la tierra de los vivos, de los que sienten, orgullosa de no ser más un reflejo; orgullosa de ser ahora un cuerpo habitado, no importa que tan imperfecto, que puede transformarse en poesía y dejar de ser sólo cuerpo.

Me miro directamente a los ojos y sonrío.

GRATAS SENSACIONES

Esa sensación de calor que estremece todo el cuerpo, que nos hace vibrar, que eriza nuestra piel apareció en mí cuando tenía catorce años. Tras un largo año de letargo, de sufrir un cansancio insoportable y sentirme casi imposibilitada para respirar, un buen día las sensaciones en mi cuerpo se multiplicaron. El roce de la ropa con la piel, el sol en la cara, un pensamiento, casi cualquier cosa me hacía sentir una ola de calor y estremecimiento en todo el cuerpo.

Recuerdo que desde pequeña tenía juegos sexuales, tocaba mi cuerpo y me sorprendía ante las sensaciones tan gratas que las caricias me proporcionaban.

Mis padres no hablan de sentir vergüenza ante el propio cuerpo y nunca hicieron una referencia de que fuese sucio, afortunadamente no me llenaron de connotaciones negativas. Hablaban de intimidad, el cuerpo es algo que debe cuidarse, ser respetado y disfrutado en intimidad, nadie debe obligarte a hacer algo que tú no quieres. Intentaban hablar conmigo lo más naturalmente posible acerca del sexo, pero no dejaba de notárseles la turbación en el cuerpo y la mirada, no digo que les fuera fácil pero debo reconocer su esfuerzo. Cuando lo consideraron necesario me dieron un montón de libros que hablaban de los cambios sexuales en la adolescencia y me dijeron “si tienes preguntas hablas con nosotros”. ¡Ja! qué preguntas iba a hacerles, todo estaba en esos libros, leerlos me proporcionó todas las respuestas que buscaba en esos momentos, incluso a preguntas que no me había planteado.

Como en mi casa se decía que los libros eran fuente de conocimiento, yo aprendí de éstos que me dieron mis padres a disfrutar de mi cuerpo y ver todos los cambios que estaba experimentando como algo natural e incluso como salud manifiesta, aprendí también respecto a uso de anticonceptivos y las precauciones necesarias para evitar un embarazo no deseado; aprendí que las fantasías eran todas mías y podía ejercerlas cuando quisiese.

Desde que ese calor entró con fuerza en mi cuerpo, decidí disfrutar de todas las sensaciones que presentaba explorando mi cuerpo siempre que tuviese oportunidad. Cuando inicié mi vida sexual el compartir mi cuerpo no planteó problemas como los que planteó compartir mis emociones.

Creo que el sexo es un juego, para mí no ha implicado necesariamente amor, ni cuestiones religiosas, nunca creí en “entregarle mi virginidad” al hombre de mi vida. Creo que por más abiertos de pensamiento que hubieran sido mis padres, esto que digo les causarían rubor y no total agrado.

He tenido varias parejas, no ha faltado quien me haya dicho que soy agresiva por ejercer mi sexualidad, me han llamado puta más de una vez; nunca me he sentido ofendida porque esos hombres se hayan sentido intimidados y hayan sido incapaces de manejar mi libertad. Me llegué a sentir sola, eso sí, una pareja no es sólo sexo y establecer una relación es mucho más complejo que el sexo por sí solo. Alguna vez me dijeron “tú lo que quieres es casarte y tener hijos, quieres amarrarme” ¡qué fácil se reducen los hombres por sí solos al estereotipo! Les da miedo cuando alguien se les sale del cuadro, no saben qué hacer. Sí, buscaba una pareja, alguien con quien compartir mi vida, pero no esa reducción del término al compromiso social. En ese momento el comentario me causó tanta sorpresa que no pude contestar nada más que “no quiero casarme”, me puso muy triste sentirme reducida. Tras varias batallas de este tipo asumí plenamente que yo no era el problema, o sí por relacionarme con hombres poco inteligentes.

Mis papás hicieron un gran esfuerzo en educarnos a mi hermano y a mi más igualitariamente, sin las distinciones que por naturaleza se hacen entre niños y niñas. Mientras mis amigas o mis primas y tías tenían que servir a sus hermanos varones, mi hermano aprendió a prepararse el desayuno desde que era muy pequeño, cada uno de nosotros tenía las mismas obligaciones. Yo podía jugar, correr, saltar, trepar hasta donde mi intrepidez me llevara, mi hermano ayudaba en cosas de la casa, los dos teníamos que estudiar. Mi mamá trabajaba, mi papá me peinaba ya se levantaba temprano a prepararnos el desayuno, limpiaba, lavaba los trastes y ayudaba a mi mamá a lavar ropa los fines de semana; ésta última tarea no era su preferida pero a pesar de las maldiciones proferidas en su realización siempre completaba su parte. Mi abuela paterna se sorprendía cuando mi papá se levantaba a preparar el café para la sobremesa y le decía a mi mamá “siéntate, tú ya trabajaste”.

Mis queridos padres me dijeron que siendo mujer podía ser fuerte, inteligente, hábil y todo lo que yo quisiera. Intentaban resaltar mucho que las mujeres somos

inteligentes y que la apariencia no es tan importante. Inconscientemente asocié lo femenino con lo débil, asumir una imagen de mujer me costó trabajo porque me hacía sentir vulnerable. Me ha costado aceptar que el vestirme, peinarme y maquillarme no me resta inteligencia ni fortaleza. Cuando empecé a trabajar, ponerme una falda me ponía tan nerviosa que en el trayecto al trabajo me pasaba de todo, me caía, se me salían los zapatos, se me rompían las medias... de todo. Esto tuvo una solución fácil: vestirme de pantalones. Resultó muy práctico y me hizo sentir más segura y pude saber que ser mujer no está en un vestido.

Tengo casi treinta y ocho años, me casé hace uno y medio después de vivir con mi pareja tres años. Vivir en un país que no es el país de nacimiento de ninguno de los dos, nos hizo saber que el matrimonio tiene ventajas para reconocernos, tener derechos y poder movernos libremente como pareja entre nuestros varios países de nacimiento y residencia. Encontré en mi pareja respeto a mi persona, a mi cuerpo, a mis proyectos y a mi forma de pensar, además de la certeza de que cualquier cosa puede ser hablada y negociada. Nos divertimos juntos y aprendemos de nuestras diferencias culturales y de pensamiento. También nos enojamos, afortunadamente hasta ahora siempre pasados los cinco minutos de explosión y proferidas las maldiciones necesarias en los idiomas necesarios, siempre volvemos a la calma y hablamos tranquilamente encontrando alguna solución.

Hasta ahora no he sentido la cuenta atrás del reloj biológico, no he sentido lo que muchas amigas me han contado, la necesidad de ser madre. Por el momento para mí tener un hijo es más una idea, como una convicción, que una necesidad. En algún momento pensaba que si a los treinta no tenía una pareja estable quería tener un hijo yo sola. Con el tiempo ésta idea cambió, porque al pensar en mi infancia recuerdo que yo disfruté mucho de la relación con mi papá, por lo que decidí que si algún día tenía un hijo quería brindarle la posibilidad de relacionarse con madre y padre. Por otro lado pensé que tener un hijo es una cosa muy seria y que el hecho de que las mujeres hayamos alcanzado más libertades, no implica librar de responsabilidades a los hombres. Ya no estoy de acuerdo en sentirnos super mujeres, quitar las responsabilidades y por qué no el disfrute de cuidar de los hijos a los hombres sólo porque somos tan fuertes, inteligentes

y autosuficientes. Considero que esto, no ayuda al crecimiento de los hombres y al final perjudica a la evolución de las mujeres.

Deseo que llegue el día en el que no tengamos que pensar más en términos de hombres y mujeres sino en términos de seres humanos, diferentes pero estableciendo relaciones de igualdad.

DESEOS

Quiero ser como un árbol. Quiero tener raíces profundas, atrevidas, que sean capaces de romper la tierra más dura para llegar al agua fresca. Las raíces son mi historia, no sólo mis antepasados, son las cosas que he hecho y he aprendido en mi camino por la vida, sustento de mi ser actual. Al tiempo que crezco hacia el cielo deseo que mis raíces se hundan profundamente en la tierra, dándome certeza y seguridad de que tengo historia, de que he aprendido de las cosas vistas, hecha y escuchadas.

El dicho dice: árbol que crece torcido jamás su tronco endereza; yo creo que el árbol que crece torcido ha tenido la fuerza para sobrevivir a todas las vicisitudes llegando a torcerse tanto como fuese necesario con tal de encontrar la luz. Quiero ser un árbol sabio con un tronco fuerte, sin importar qué tan ondulado pueda ser. Siempre existe la posibilidad de salir adelante y superar todos los malos momentos por más negros que parezcan.

Cuando conocí al que ahora es mi marido, me encontraba todavía muy triste por la muerte de mis padres y por los problemas desatados en casa. Conocer a este hombre me permitió darme cuenta de que no estaba muerta, que podía albergar amor, ser amada y podía ser feliz. Él no hizo promesas, no me dijo que me amaba, no pidió que me quedara o me fuese, no me cuestionó ni me juzgó, sólo se hizo presente compartiendo conmigo un mes de su vida y cuando nos despedimos derramó una lágrima. Podría decirse que no hizo nada extraordinario..., sí lo hizo, estuvo para mí, y yo hice algo heroico: permitirme disfrutar. En ese mes pude levantar la mirada y ver nuevamente el horizonte y darme cuenta de que todos los problemas, que hasta entonces veía enormes, tenían solución y lo mejor, que la solución estaba en mí. Decidí no quedarme con él, tenía que crecer. Supe cuando lo dejé que yo había vuelto del inframundo pero que me faltaba afrontar muchas cosas antes de estar bien. Pasaron más de cinco años antes de volver a encontrarnos y decidir que queríamos estar juntos. En todos esos años aprendí mucho, no todo fue bueno, tuve momentos muy malos pero ya sabía que podía salir de ellos y ver la luz de nuevo.

Deseo ser capaz de reverdecer por más seca que haya podido estar, y adornarme con flores de colores.

Quiero ser fuerte para ser independiente, responsable de mis actos y de mis emociones. Quiero la fortaleza para permitirme ser vulnerable sin sentirme culpable por ello.

Todas las plantas son ejemplo de vida. Me gustan los cactus porque saben recoger el agua de la lluvia cuando ésta cae del cielo en abundancia y administrarla para la escasez; aunque se protegen con espinas, permiten a seres sedientos beber de ellos; soportan los cambios extremos de temperatura y, para celebrarlo, se coronan con flores de pétalos tan frágiles como alas de crisálidas. Quiero ser tan noble como ellos. A mi me cuesta todavía adaptarme a los cambios, sigo paralizándome aunque cada vez por menos tiempo. No me da miedo la inmovilidad, me atemoriza no ser capaz de decidir. Mi meta es poder cruzar los periodos de crisis sin paralizarme, poder sentir la inmovilidad sin temor, visualizar el camino que quiero tomar y plantearme estrategias para conseguirlo, convirtiendo mis proyectos en un follaje abundante adornado con hermosas flores. El objetivo mayor es tener la habilidad de adaptarme a diferentes situaciones.

Quiero explorar con mis ramas todas las direcciones posibles, que no haya caminos vedados.

Quiero llegar a vieja siendo guerrera, sin arrepentimientos, satisfecha de mis decisiones aunque haya podido cometer errores. Quiero poder decidir mi vida hasta el último día; no es cuestión de controlar todo lo que me pasa, simplemente quiero elegir por dónde y cómo dirigirme. Deseo ser honesta conmigo misma, no contar historias para justificarme.

Mi deseo más profundo, el que creo que puede ayudarme a conseguir todo lo que pueda imaginarme, es aprender. Aprender de los libros, de las clases, de la danza; aprender de la compañía y de la soledad. Aprender de lo vivido.

Quiero ser un árbol contorsionista y un cactus adornado con flores y con la vida de los seres que se acerquen a mí.